

José Luis Abellán

Las grandes polémicas de la cultura española

Con el título de «Las grandes polémicas de la cultura española», José Luis Abellán, catedrático de Historia de la Filosofía Española de la Universidad Complutense, dio en la Fundación Juan March, del 3 al 12 de mayo, un ciclo de cuatro conferencias en el que analizó las principales polémicas habidas desde el siglo XVIII en nuestro país en torno a las aportaciones a Europa de la ciencia y la cultura españolas. A continuación se ofrece un resumen del ciclo.

La razón de que a lo largo del tiempo la cultura española haya sido una cultura esencialmente polémica hay que buscarla en la complejidad de nuestra realidad nacional. La divergencia de España con Europa, que se ha mantenido durante siglos y sólo parece haber terminado en nuestros días, es la que ha propiciado el carácter polémico de nuestra cultura, que ha sido una cultura de resistencia frente al discrepante. Ese carácter polémico nos ha llevado a un proceso de introversión, de aislamiento de Europa. Hemos sido frontera durante siglos: frente a los árabes en la Edad Media; frente a los turcos en el Renacimiento; frente a los protestantes en la Edad Moderna; y frente al comunismo en la Edad Contemporánea.

En 1782, en un artículo sobre España publicado en la «Nouvelle Encyclopédie», aparecía la frase «¿Qué se debe a España?». Se preguntaba su autor qué ha aportado España al progreso de Europa en el ámbito de las ciencias y de las artes. Esta frase iniciará la polémica tanto dentro como fuera de España. Se reconoce que hay una decadencia tras el siglo XVI —época de mayor esplendor español— que es particularmente sensible en lo referente a la ciencia española. Esta polémica se conoce como la primera polémica de la ciencia española.

En España la opinión pública se dividió entre apologistas y antiapologistas. Reaccionando contra ambos grupos, Juan Sempere y Guarinos publica su *Ensayo de una Biblioteca de los mejores escritores del Reinado de Carlos III*, en seis volúmenes, aparecidos entre 1785 y 1789, y que son esenciales para llevar a cabo cualquier investigación seria sobre el siglo XVIII. Mayor contenido doctrinal aporta la figura de Juan Pablo Forner, que ha sido mal estudiada y comprendida. Su contribución a la polémica se produce con ocasión de la convocatoria por la Real Academia Española de un premio para trabajos que respondieran a la citada frase de la «Nouvelle Encyclopédie», convocatoria que queda desierta. El Conde de Florida-Blanca invita a Forner a que escriba algo para contestar a la pregunta. Así nace su célebre *Oración apologetica por la España y su mérito literario*, publicada en 1786, que ha de ser interpretada de una forma bien distinta a como lo fue en su época.

¿Cuáles son los criterios que utiliza Forner para valorar las aportaciones españolas a la cultura europea? Los de un ilustrado del siglo XVIII: la utilidad y la virtud. Considera que las finalidades que debe perseguir la verdadera ciencia son conducir a la perfección del hombre y a la satisfac-



José Luis Abellán (Madrid, 1933) es catedrático de Historia de la Filosofía Española en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense. Fue presidente de la Confederación Española de Clubs UNESCO (1985-1987). Ha dirigido varias colecciones de ensayo de editoriales españolas. Premio «El Europeo» de Ensayo (1975) por su libro *El erasmismo español* y Premio Nacional de Literatura (rama de Ensayo) en 1981, por el III tomo de la *Historia crítica del pensamiento español*, titulado *Del barroco a la Ilustración (siglos XVII-XVIII)*. Autor de diversos libros y ediciones de obras de ensayo.

ción de las necesidades humanas, y orientar acerca de las diversiones útiles. Y opina Forner que en esto último no hay nación que pueda adelantar a España. Forner es, pues, un hombre plenamente identificado con el espíritu del siglo XVIII, con los ideales de la Ilustración y con las propuestas racionalizadoras que la filosofía de la Ilustración quiere imprimir a la nueva sociedad que se está construyendo. Entonces, ¿cómo se explica que se haya convertido en uno de los paladines del tradicionalismo español en el siglo XIX? Marcelino Menéndez Pelayo, en su *Historia de los he-*

terodoxos españoles, fijó esa imagen de él, que ha durado hasta hoy. Hemos de devolverle su significación histórica, dentro del espíritu reformador y pragmático de la Ilustración española.

En 1843 se publica un inédito de Forner: *Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la historia de España*. Convierte Forner a la historia en instrumento de análisis y comprensión y hasta de transformación de la realidad. Es un verdadero filósofo de la historia. Elogia a los árabes, y considera a la Edad Media época de oscuridad y barbarie; desprecia el escolasticismo, así como a los culteranos y conceptistas de su propio siglo, y admira la cultura española del siglo XVI. La concepción de la historia de España que se desprende de este Discurso pertenece claramente al espíritu de la Ilustración. Reconoce la enorme decadencia española en el XVII, a la que contribuimos también los españoles, al no ir a la par de los demás países en el progreso del comercio y de las ciencias y la filosofía.

Forner introduce un elemento de modernidad en esta primera gran polémica de nuestra cultura. Representa la defensa del espíritu sobre la materia. Aporta una idea moderna de la nación como comunidad indivisa y protagonista de la historia. En contraposición a la concepción medieval, según la cual es el Príncipe el portador del protagonismo histórico, afirma que es la patria la protagonista de toda acción política y la que anuda la red de relaciones que vincula a todos los miembros de una determinada comunidad. A esto lo llama filosofía moral pública o de las naciones. Con una nueva visión de la historia, afirma que lo fundamental de ésta no son los acontecimientos políticos ni las batallas, sino que la verdadera protagonista de la historia es la sociedad civil. Este es el sujeto fundamental de la historia para Forner. Y esto nos remite a la segunda polémica: si España tiene otro modo de hacer ciencia, di-

ferente del de los europeos. Se trata, pues, de enfrentarse con la *peculiaridad* española.

La polémica de la «ciencia española»

A finales del siglo XIX se produce la que recibe el nombre de «polémica de la ciencia española» por antonomasia. Se toma conciencia de que en los últimos dos o tres siglos España presenta un déficit científico considerable. La polémica tiene un marco muy preciso: el conflicto entre ciencia y religión, que estará omnipresente en toda Europa en esta época. Tenía su raíz en el imperio filosófico del positivismo, por reacción contra el idealismo, y venía refrendada por los importantes descubrimientos en las ciencias físico-naturales durante la segunda mitad del siglo XIX: la teoría darwinista de la evolución o los avances de la arqueología, que ponían en entredicho algunas de las afirmaciones bíblicas y algunos dogmas católicos. Así se gestó el conflicto entre ciencia y religión, en el que surgieron una serie de actitudes, como fue el poner en duda la capacidad de los países católicos para la investigación científica. Se cree que el gran desarrollo científico de los países anglosajones frente a los latinos se debe a que han sido países de religión protestante, no católica. Esta superioridad anglosajona se convirtió en una especie de afirmación generalizada.

En este ambiente, Gumersindo de Azcárate, famoso krausista y uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza, escribe un artículo que apareció en 1876 en la revista *España*. Afirma al final del mismo que durante tres siglos en España se ha ahogado la actividad científica. A esto contestará Menéndez Pelayo, entonces con 25 años de edad, con otro artículo iracundo y apasionado en la *Revista Europea*, en el que expone

enfáticamente las aportaciones de España a la teología, filosofía, derecho, economía, historia, etc., refiriéndose a los siglos XVI a XVIII. (Azcárate hablaba de los siglos XVII, XVIII y primera mitad del XIX).

Menéndez Pelayo, con enorme sentido histórico, interviene a favor de la ciencia y de la filosofía españolas. Entre 1876 y 1890 escribirá sus tomos de la *Ciencia española*, los de la *Historia de los heterodoxos españoles* y la *Historia de las ideas estéticas en España*, las obras que le han dado mayor celebridad. Del conjunto de estos libros se infiere que la historia de la filosofía española, considerada en su integridad, es algo que tiene existencia propia y vida peculiar.

¿De qué sirvió en definitiva esta polémica? En mi opinión, para activar, sobre todo, la conciencia española sobre el atraso de la investigación científica en nuestro país. Se pusieron en marcha una serie de iniciativas, como fue la creación de la Junta para Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes, el Instituto Escuela y la Institución Libre de Enseñanza.

El «¡Que inventen ellos!» de Unamuno

La polémica de la europeización de España es una secuela de la polémica entre ciencia y religión. Para muchos, la palabra «europeizar» era tener o no tener ciencia. Unamuno respondía a la polémica de la europeización de España con una españolización de Europa, lo que Ortega llamaba desviación africanista del rector salmantino. Unamuno protesta de la «ortodoxia científica de hoy» —el positivismo— que impone lo moderno europeo, la «inquisición científica», y reivindica la «sabiduría» (la *sagesse* de los franceses) frente a la ciencia. Esta última «quita sabiduría a los hombres —escribe— y les suele convertir en unos fantasmas cargados de reconoci-

miento». Para Unamuno, la ciencia busca la vida, la sabiduría prepara la buena muerte. Toda su filosofía fue una meditación sobre la muerte (*meditatio mortis*).

Al relacionar todo esto con el problema espiritual de España —tema del 98— afirma su convicción de que «la verdadera y honda europeización de España no empezará hasta que tratemos de imponernos en el orden espiritual de Europa, de hacerles tragar lo nuestro, lo genuinamente nuestro, a cambio de lo suyo, hasta que tratemos de españolizar a Europa».

La frase que centra la polémica, «¡Que inventen ellos!», la explica Unamuno reiteradamente. A fines del 1906 escribe un diálogo en el que aparece dicha frase; y ésta adquiere una importancia definitiva en el epílogo de la que es su obra de filosofía fundamental, *Del sentimiento trágico de la vida* (1912), donde repite la misma idea. «Nuestro don es, ante todo, un don literario, y todo aquí, incluso la filosofía, se convierte en literatura. Nuestros filósofos, a partir de Séneca, son lo que en Francia llaman moralistas, y si alguna metafísica española tenemos es la mística». Unamuno encuentra una respuesta a una vieja preocupación: qué es ser castizo (su primer libro será *En torno al casticismo*), qué es lo castizo español.

Ortega defiende que Europa posee el espíritu científico que a España le falta y que hay que poner los medios para paliar nuestro enorme déficit cultural. España es el problema y Europa es solución, dice, porque «Europa es la ciencia». Mientras Ortega predica esa campaña de europeización, de cientificación en definitiva, Unamuno se reafirma en su cruzada personal de carácter ético, que a partir de 1914 va a tener un impulso extraordinario. Reedita en ese año *La vida de Don Quijote y Sancho*, con un prólogo en el que inicia una campaña de rescate del sepulcro de don Quijote, «que nos han arrebatado los

bachilleres, sansones, curas y barberos que lo tienen secuestrado». Quiere revitalizar la cultura española que está dormida. El mismo año se produce un acontecimiento que va a cambiar los polos de la polémica. Es el estallido de la primera guerra mundial. Ante una Europa hundida por la barbarie y sumida en una de las guerras más crueles que ha habido nunca, entra en crisis la idea de Europa. En España, que se mantiene neutral, con la opinión pública escindida entre germanófilos y aliadófilos, los intelectuales se hacen mayoritariamente aliadófilos, en favor de la democracia y de la libertad; al frente de ellos está Unamuno.

Europa entra en un profundo proceso de desmoralización. Ortega se ve ética e intelectualmente conmovido, pues él era germanófilo. No puede identificarse con la causa de la «bestia rubia», como la llamaba Unamuno. Ortega ha de hacer una revisión de sus planteamientos iniciales. Mientras, Unamuno se reafirma en la necesidad de un proyecto ético para la regeneración tanto española como europea, depurando sus sentimientos hacia España desde la distancia que le deparó el destierro, primero en Fuerteventura y después en Francia. Diez años antes de que se declarase la segunda guerra mundial, Ortega escribe en *La rebelión de las masas* acerca de la necesidad de construir una gran nación de Europa: los Estados Unidos de Europa.

Si Unamuno pretendía aseverar una cierta singularidad de lo español, sobre lo castizo que nos define —y ahí está la diferencia que nos separa del resto de Europa—, Ortega pretendía, por el contrario, paliar esas deficiencias de lo español, acercándonos al espíritu europeo, entendido unilateralmente, como si Europa fuera sólo la ciencia. Y en esa contienda se forjó el camino que conduciría a lo que hoy es la integración de España en la Unión Europea. Y hoy nos seguimos preguntando qué es lo que España

aporta o debe aportar a Europa, además de naranjas y cítricos. La polémica, pues, sigue siendo vigente.

España «con» o «sin» problema

Otras dos grandes figuras del siglo XX —Américo Castro y Sánchez Albornoz— se enzarzan también en una polémica en torno al sentido de la cultura española. A partir de la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del XX, hay un progreso evidente en la cultura y ciencia españolas. La guerra civil supone un enorme *impasse* y plantea de forma muy radical el problema del sentido de la cultura española y de nuestra identidad. En los 40 y 50, el peso de la dictadura se hace notar de forma muy grave y la orientación marcadamente casticista heredada de las aportaciones del 98 adquiere una densidad específica que se traduce en una metafísica esencialista. Contra esto reaccionaron en principio los pensadores que se habían exiliado, sobre todo a América Latina, y de forma prototípica lo hace un filósofo, Eduardo Nicol, autor de un ensayo titulado «Conciencia de España», en el que concluye que España no tiene esencia, y menos una región concreta. Sale así al paso de la interpretación castellanista de la historia de España y de su supuesto esencialismo.

En España el profesor Rafael Calvo Serer, intérprete oficialista de las instituciones españolas, publica el libro *España sin problema* (1949), adscrito totalmente a la metafísica esencialista, en réplica, que quiere ser contundente, a Pedro Laín Entralgo con su libro *España como problema*, aparecido unos meses antes (1948). Laín se limitaba a plantear el problema de España como «la dramática inhabilidad de los españoles desde hace siglo y medio para hacer de su patria un país mínimamente satisfecho de su constitución política y social».

Dos grandes exiliados de la guerra

civil —Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz— protagonizan la polémica. El primero publica en México, en 1948, *España en su historia. Cristianos, moros y judíos* (en las siguientes ediciones cambiará el título por el de *La realidad histórica de España*). Desde muy pronto, Sánchez Albornoz opina que ese libro contiene graves errores de interpretación histórica y se apresura a contestarle. Escribe dos volúmenes de mil páginas cada uno (no se publican hasta 1956) con el título que resume su tesis: *España, un enigma histórico*.

Parten de concepciones metodológicas totalmente distintas. Para Sánchez Albornoz, pensador anclado en los presupuestos filosóficos del positivismo, el historiador es, ante todo, alguien que debe acumular y compulsar documentos, realizar análisis y estudios, sin presupuestos ideológicos previos; un simple acarreador de materiales para la historia. No se puede hacer, pues, ninguna interpretación de la historia de España porque todavía sabemos demasiado poco de ella. Frente a esta España *sin problema*, el punto de partida de Américo Castro es totalmente distinto. Su concepción de la historia se basa en la metodología historicista, que conlleva una base interpretativa y una jerarquización de los hechos históricos. Américo Castro elabora un marco teórico propio donde adquieren relieve algunos conceptos, como la «viduidura» y la «morada vital». Estos conceptos explicarán la convivencia, en principio pacífica, después conflictiva, entre cristianos, moros y judíos. Se producirá un paulatino pero ininterrumpido predominio de los cristianos sobre los otros dos y ello configurará la realidad histórica de España. Esto es lo que origina la identidad de los españoles en cuanto pueblo con personalidad propia frente a otras naciones europeas. Así se dará la supremacía de las creencias o de la fe frente a los contenidos racionales de la cultura (de ahí el porqué España ha tenido

poca ciencia); la dimensión imperativa de la persona, el coraje, el afán de esfuerzo personal; el voluntarismo que lo cifra todo en el yo y en el esfuerzo individualista; la importancia de los contenidos imaginativos y mágicos, muchas veces sobrenaturales.

Pero aunque Castro empieza señalando la enorme importancia de la influencia islámica en el ser de los españoles, a partir de 1961 se centra en la importancia de la casta hebrea o judía, que influyó tanto o más que los moros en el modo de ser español. Así fueron paulatinamente imponiéndose los llamados Estatutos de Limpieza de Sangre, de origen judío (del concepto semita de sangre y del parentesco espiritual que ésta implica). Ese afán de mantener la limpieza de sangre fue adoptado por los cristianos. Ahí encuentra explicación el fenómeno de la Inquisición, que evidentemente tenía muy poco espíritu cristiano. Y la importancia de esos estatutos ha ido perdurando hasta nuestros días en esa tendencia tan española de eliminar al disidente, sea éste religioso o político, por un acto de violencia física (cárcel, condena a muerte, destierro).

Junto a las consecuencias funestas de esta influencia, hay que reconocer sus aspectos positivos, como han sido las grandes realizaciones de la cultura española, debido a la presión de circunstancias adversas: el erasmismo o el humanismo renacentista, *La Celestina*, gran parte de la picaresca o el mismo *Quijote* (Cervantes era de origen converso) surgen en el fragor de este combate y constituyen grandes aportaciones de nuestra cultura. Esta relación dialéctica y conflictiva entre las castas configura la esencia de lo español.

La casta histórica impuesta por el dominio del espíritu castellano viene a identificarse con esa dimensión imperativa de la persona. Este predominio es para Castro el que resistió a los valores de la modernidad, dando lugar a que en España y en su imperio

se produjese el triunfo de la herejía y el arte de imperar de la casta hidalga, militar y religiosa, ahogándose en consecuencia los intentos de lograr una ciencia y una cultura a tono con las de Europa. Esto podría explicar, en gran parte, nuestra insuficiencia científica secular.

A modo de conclusión, creo que posiblemente esas grandes polémicas sobre la cultura española se darán siempre, pero que esta a la que nos hemos referido quizá haya sido la última. Primero porque la última guerra civil de 1936 fue una gran catarsis nacional frente a nuestras singulares querellas históricas, y en el ánimo de los españoles ha desaparecido ese afán de exterminar al discrepante y se ha abierto una etapa en que el diálogo se impone siempre por encima de todo. Por otro lado, hemos entrado en Europa y la polémica de la europeización ha dejado de tener sentido. Ha terminado la cultura «de frontera». Ya formamos parte del mundo civilizado, con voz propia y sin frontera definida contra la que luchar. No sólo formamos parte de Europa, sino que también formamos parte de una comunidad de naciones hispanohablantes con cultura propia que tiene o debe tener algo que decir al resto del planeta.

¿Qué aportamos a la Europa de hoy? España representa un chorro de vitalidad. Nuestra cultura es ante todo una cultura fundamentalmente literaria, artística y vital. Hemos mantenido una continuidad estética y artística de valor incalculable a lo largo de los siglos, y todo ello como consecuencia de esa vitalidad desbordante que mostramos con el descubrimiento de América y que seguimos mostrando en esa cultura popular que ha hecho que la historia de España sea la historia de sucesivas epopeyas: la Reconquista, la Guerra de la Independencia o el exilio de la guerra civil. ¿Cómo traspasar esto a Europa? Quizá habría que volver a lo que decía Unamuno: españolizar a Europa. □